

Artículo de Opinión

Economía, Ciencia y Humanismo

Juan Alonso Hierro

Profesor Titular de Economía Política y Aplicada, Universidad Complutense de Madrid

Autor correspondencia: jahierro@cps.ucm.es

¿Pueden ir Ciencia y Humanismo de la mano? ¿Son actividades compatibles/complementarias o, por el contrario, cada una se desarrolla en un ámbito distinto sin que medien interferencias entre ambas? Y en este contexto, ¿en qué lugar se encuentran la Economía y, por añadidura, el resto de las llamadas Ciencias Sociales? En el presente artículo se expone alguna reflexión sobre estas cuestiones.

Empecemos por delimitar, si bien de forma sumaria, lo que entendemos por Ciencia y por Humanismo.

Ciencia es el conjunto de conocimientos ya contrastados que son presuntamente ciertos. Además, es un modo sistemático de generar conocimientos nuevos y, por tanto, una actividad que se realiza por medio de un método y utilizando recursos humanos y materiales. Así pues, lo antedicho implica tres aspectos: un método (inductivo/deductivo) que garantiza, cuando menos, la posibilidad de refutación de los conocimientos; los recursos puestos al servicio de la actividad científica y, en tercer lugar, el conjunto de esos conocimientos contrastados y contrastables aceptados como verdaderos. Más allá de este planteamiento nos encontraríamos con la actitud cientifista o “cientifismo” que implica que todos los valores culturales, éticos o morales, pueden subsumirse o explicarse por la ciencia, en suma, subordinarse al ascendente e ilimitado “progreso científico”.

Por su parte, el término Humanismo acoge dos acepciones: un movimiento cultural específico que nace y se desarrolla en la Europa de los siglos XV y XVI o, en un sentido más amplio, una actitud filosófica y moral que otorga a la condición humana un carácter prioritario en el orden del universo y que tiene, eso sí, sus raíces históricas en el movimiento cultural señalado. [1]

Establecido este marco conceptual, centrémonos ahora específicamente en la Economía como ciencia, en su devenir epistemológico.

Pues bien, las Ciencias Sociales en general y la Economía en particular se desarrollan a lo largo del siglo XIX (sobre todo en su segunda mitad y no sin notables excepciones) mediatizadas por los avances de las Ciencias naturales y, por tanto, en buena medida, supeditadas metodológicamente a éstas. El enfoque que predomina en su orientación epistemológica podría decirse que responde a un intento de naturalización de la sociedad, estableciendo leyes causales y generales, independientes de toda valoración subjetiva, orientación coincidente en líneas generales con el positivismo preconizado por Augusto Comte. Se establecía de esta manera una jerarquía de las Ciencias, en las que las primeras en alcanzar tal “status” eran las Naturales, por haberse desprendido antes de los elementos valorativos y metafísicos y haber establecido como método la observación empírica de los fenómenos y, de ahí, la formulación de leyes generales (universales) como vehículo del conocimiento.

Esta posición impregnaba la Ciencia Económica que, a partir de 1870, aparecía articulada en torno a la teoría walrasiana del equilibrio económico general y se pretendía una ciencia neutral, pura -en tanto ajena en tanto ajena a los elementos espúreos y valorativos que la obra de Marx había introducido en la tradición “clásica”- objetivable, en cuanto positiva y universal.

Quizás el esfuerzo más notable de sistematización epistemológica de este planteamiento se deba a Lionel Robbins que en 1932 publica su “Ensayo sobre la naturaleza e importancia de la Ciencia Económica” en la que la define como implícitamente se proponía en la teoría del equilibrio general. Es decir, la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines u objetivos y medios escasos susceptibles de usos alternativos. La maximización de los fines y/o la minimización de los medios utilizados son el criterio general que orienta, en cualquier caso, la elección a tomar. Las leyes que rigen esta elección son universales, válidas para cualquier momento y situación, con

independencia del contexto histórico y social que se considere. Se presenta así la Economía como una ciencia pura, neutral y positiva, es decir, libre de juicios de valor e ideologías. Es neutral respecto tanto a los fines como a los medios. Estos últimos son simplemente un dato aportado por la técnica y en cuanto a los fines u objetivos vienen dados a la Economía desde valoraciones de distinta índole: políticas, religiosas, morales, culturales..., que no cuestiona ni se plantea. Su misión es resolver el enfrentamiento entre fines y medios y sólo en el terreno en el que se conjugan ambos -sin prejuzgar sobre los "datos"- tiene la ciencia económica su campo de actividad.

El siglo XX, con sus cruciales avances en las ciencias naturales, trajo a su vez un significativo cuestionamiento de la base metodológica que venía inspirando el desenvolvimiento del conocimiento científico.

Una vez superada la visión magnificadora de la Ciencia que prevaleció durante el siglo XIX, lo concerniente a la objetividad, es decir la posibilidad de establecer un criterio o criterios de científicidad que excluyeran los elementos valorativos e ideológicos y, por extensión, las contingencias del momento histórico, pasa a ser la preocupación principal de la filosofía de la ciencia. Ésta, a lo largo de la primera mitad del siglo XX estuvo dominada por el Positivismo Lógico cuyo núcleo lo constituye la teoría verificacionista del significado, que en esencia mantiene que cualquier proposición sólo es significativa si puede ser verificada empíricamente. El problema se presenta al constatar que las leyes científicas que se pretenden y presentan como universales, no pueden ser verificadas de forma concluyente por un número finito de observaciones empíricas. Esto hace que progresivamente se suavice su planteamiento metodológico: si las teorías no pueden ser contrastadas de forma absoluta apoyándonos en el criterio de la experiencia, al menos sí se podrá decir qué teorías cuentan con un mayor grado de probabilidad de certeza frente a otras.

Un paso más en este proceso de cuestionamiento epistemológico es el que da Karl Popper. Si las teorías científicas no pueden ser confirmadas por medio de un proceso de inducción, la confirmación o verificación, tal como la entienden los empiristas lógicos, pierde su sentido. Así que, si las proposiciones universales no pueden ser totalmente verificadas, el criterio para determinar su carácter científico será el de "falsación". Popper traslada el peso de la prueba de la verificación a la refutación: no siendo posible demostrar que una proposición es totalmente cierta, sí es posible demostrar que es totalmente falsa. Una teoría será científica si se puede prefijar una prueba u observación que pueda falsarla y será pseudo-científica si no se especifica por adelantado ese "falsador potencial".

Será Lipsey el economista que de forma más solvente y explícita aplique la metodología popperiana a sus estudios. En su manual "Introducción a la Economía Positiva" (largo tiempo utilizado en nuestras facultades de Económicas) ilustra ejemplarmente el principio de falsación, distinguiendo incluso entre lo que se ha dado en llamar "falsacionismo ingenuo" (una teoría queda rechazada por una sola y decisiva refutación) y "falsacionismo sofisticado" (la falsación de una teoría nunca es concluyente).

Sin embargo, es sabido que los científicos, la "Academia", son reticentes a la hora de abandonar o superar una teoría, tratando o considerando lo que son refutaciones como simples "anomalías". En Economía tenemos relevantes ejemplos: Stuart Mill -con todo su peso epistemológico en nuestro campo científico- habla de "causas perturbadoras" que pueden explicar el desfase entre la teoría y sus predicciones con los hechos que acontecen en la realidad y de ello cabrá inferir, no que la teoría deba ser descartada, sino que es insuficiente. En la misma línea podríamos considerar la apelación de Marx a "causas compensatorias" de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. O, en un sentido más general, el uso de la célebre cláusula del "*ceteris paribus*" en la que ese "permaneciendo constante todo lo demás" implica que se dejen de lado los efectos de fenómenos y condiciones que, aun siendo relevantes, están fuera de la contrastación.

No nos detendremos -desbordaría los límites de este artículo- en analizar la evolución general de la Teoría de la Ciencia. Partamos del momento y la posición en que la "Nueva Filosofía de la Ciencia" plantea el carácter contingente e histórico del conocimiento científico. Para ésta, el conocimiento, creencias y teorías que ya sustentamos, juegan un papel fundamental en la

determinación de lo que percibimos, es decir, el científico no registra todo lo que observa, sino sólo aquellas cosas que las teorías que acepta indican que son significativas.

Este planteamiento es más evidente, si cabe, en el caso de la Economía (y del conjunto de las ciencias sociales). La "historicidad" de su objeto de estudio es incontestable y, en la misma medida, las leyes o regularidades detectadas no pueden ser sino históricas, contingentes.

Pero no sólo historicidad del objeto, sino también del sujeto. Mientras en las ciencias naturales (o "ciencias puras") la relación entre el investigador y el objeto de estudio se proyecta en una dimensión técnica, de exterioridad, en las ciencias sociales adopta una dimensión de interioridad o intercomunicación. En palabras de J.A.Schumpeter, la visión o concepción del mundo del investigador, en suma su ideología, es el "acto cognoscitivo preanalítico que proporciona la materia para el esfuerzo analítico" [2]. En esta misma línea, otro ilustre economista, el premio nobel Gunnar Myrdal exponía: "esta creencia implícita en la existencia de un cuerpo de conocimiento científico, adquirido independientemente de toda valoración es un empirismo ingenuo. Los hechos no se organizan ellos solos en conceptos y teorías nada más contemplarlos; en realidad, excepto dentro del marco de los conceptos y teorías no hay hechos científicos, sino solamente caos. En todo trabajo científico hay un elemento apriorístico que no puede escapársenos. Antes de que puedan darse respuestas es preciso formular los interrogantes, los cuales son una expresión de nuestro interés en el mundo; son en el fondo, valoraciones. Las valoraciones están así implicadas ya necesariamente en la etapa en que observamos los hechos (...). Por ello, he llegado a creer en la necesidad de trabajar siempre, desde el principio hasta el fin, con premisas valorativas explícitas" [3] Como parece obvio, la larga extensión de la cita se justifica por su carácter suficientemente clarificador.

Sentado, por tanto, el carácter eminentemente histórico (y prescriptivo) del conocimiento económico, es coherente mantener que la teoría y sus aplicaciones no se presentan como instancias independientes, sino en un mismo núcleo, formando un único sistema conceptual. De otra forma, el alejamiento entre la "teoría pura" y sus aplicaciones prácticas, convertiría a la Economía (o, al menos, siempre existiría ese peligro latente) en una ciencia más preocupada por la resolución de teoremas que por la descripción, interpretación y explicación de la realidad.

Si como acabamos de sugerir, la distinción tradicional entre observación y elaboración teórica no es tan contundente, la división entre ramas pura y aplicada de un campo científico, de este campo científico, tampoco podrá serlo. Y más aún, por tanto, en lo que concierne a las ciencias sociales que no sólo se interrogan acerca de las leyes que rigen la sociedad, sino que pretenden su transformación según criterios o valores generalmente aceptados. Es decir, no se trata únicamente de "programas de investigación" en el sentido que les da el epistemólogo Lakatos, sino, además, como afirma el filósofo Javier Muguerza, auténticos "programas de acción".

En esta línea, tampoco parece acertada una concepción meramente instrumental de la Economía, como conjunto de instrumentos formales (la célebre "caja de herramientas") para el estudio y análisis de la realidad económica. Dicha concepción, evidentemente ligada al desarrollo de las matemáticas aplicadas a la esfera de lo económico, puede llegar a prejuiciar sistemáticamente la visión de la realidad, si ésta se depura de fenómenos, elementos o relaciones no susceptibles de cuantificación o de poder expresarse en un sistema de ecuaciones.

A mi entender, por tanto, no es la Economía una "ciencia exacta" y neutral respecto a distintas "concepciones del mundo" y juicios de valor. En ese sentido, sus propuestas o "programas de acción" tampoco serán exactos e incontestables y, podría decirse, la posición "humanista", humilde, consciente de sus limitaciones y también de sus posibilidades, alejada de la soberbia "cientifista", debería sustentar el trabajo de todos aquellos que desarrollamos nuestra labor en este campo de conocimiento.

Conflictos de Intereses: El autor declara que no tienen conflictos de interés

Referencias Bibliográficas

1. Giner S, Lamo E, Torres C (eds.). "Diccionario de Sociología", Alianza Ed., 1998.
2. Schumpeter J A. "Historia del análisis económico", Ed. Ariel, 1971.
3. Myrdal G. Prólogo de "El elemento político en el desarrollo de la teoría económica", Ed. Gredos, 1967.



© 2019 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.